

T



¿Por qué existe el sufrimiento?

*Encuentre significado y
consuelo cuando la vida
no tiene sentido*

RAVI ZACHARIAS

VINCE VITALE



¿Por qué existe el sufrimiento?

*Encuentre significado y
consuelo cuando la vida
no tiene sentido*

RAVI ZACHARIAS
y
VINCE VITALE

EDITORIAL
PATAKOS

¿Por qué existe el sufrimiento?

© 2017 por Ravi Zacharias y Dr. Vince Vitale

Publicado por Editorial Patmos,
Miami, FL. 33169
www.editorialpatmos.com

Todos los derechos reservados.

Publicado originalmente en inglés por Faith Words, Hachette Book Group
1290 Avenue of the Americas, New York, NY 10104 con el título *Why
Suffering?* © 2014 por Ravi Zacharias y Dr. Vince Vitale

A menos que se indique lo contrario, las citas bíblicas se toman de la Nueva Versión Internacional, © 1999 por la Sociedad Bíblica Internacional.

Traducido por Silvia Cudich
Editado por Elizabeth Clark
Diseño de portada por John Hamilton Design
Adaptación de portada al español: Adrián Romano
Foto portada por Ryan Klos/Getty Images
Foto del autor Ravi Zacharias por RZIM y Dr. Vince Vitale por Jeff Taylor

Portada © 2015 Hachette Book Group, Inc.
Adaptación portada al español © 2017 Editorial Patmos

ISBN 13: 978-1-58802-748-1

Categoría: Vida Cristiana

Impreso en Brasil | *Printed in Brazil*

Ravi Zacharias:

*A James Riady y Mo Anderson: dos amigos muy queridos,
brillantes en lo que hacen, generosos en su manera de dar,
sinceros en los fracasos que han tenido que superar y entregados
por completo a Jesucristo, a quien aman y sirven.
Por encima de todo estoy agradecido por su amor y amistad.*

Vince Vitale:

*A Carla y Vincent Vitale: una madre con la fortaleza de ver
siempre lo bueno, un padre con la valentía de buscar a Dios en lo
malo, padres que en su amor por mí me enseñaron a asentar mi vida
en un amor que se sacrifica por los demás. Con un amor y gratitud
imposibles de expresar con palabras, vuestro hijo Vince.*



CONTENIDO

1. La pregunta	7
<i>Ravi Zacharias</i>	
2. La respuesta de la libertad	40
<i>Ravi Zacharias</i>	
3. La respuesta de la gracia	72
<i>Vince Vitale</i>	
4. La respuesta de la cruz	96
<i>Vince Vitale</i>	
5. Otras respuestas ofrecidas: Budismo, Islam, naturalismo	122
<i>Ravi Zacharias</i>	
6. La respuesta de la moralidad	163
<i>Ravi Zacharias</i>	
7. La respuesta de la esperanza	188
<i>Vince Vitale</i>	
8. Las múltiples respuestas de Dios	221
<i>Vince Vitale</i>	
Reconocimientos	250
Notas	253



CAPÍTULO I



LA PREGUNTA

Ravi Zacharias

Yo me crié en un vecindario de Nueva Delhi, en la India, donde las comunidades definían las amistades. Las casas estaban una junto a la otra, jugábamos con los niños del vecindario y a menudo cruzábamos por los jardines delanteros y traseros de las casas de nuestros vecinos para ir a la tienda o a la escuela. Resulta que eran casas para empleados gubernamentales, de modo que todas las casas eran idénticas, por dentro y por fuera. Nuestros padres eran todos amigos y las comidas las solíamos compartir en nuestras casas mutuas. Nunca existía el problema de encontrar a quien cuidara de los niños ya que los sirvientes o los vecinos estaban allí para ayudarnos. Sabíamos cuánto ganaba cada uno y qué lugar ocupaba en la sociedad.

Conocíamos también las heridas de nuestros vecinos. El dolor que padecía cada uno era, en efecto, algo que sabía toda la

comunidad. Yo tenía un amigo cercano que vivía a unas seis puertas de distancia, no más de tres minutos a pie. A menudo cruzaba por su jardín como atajo para ir a la tienda de ultramarinos del vecindario. Su padre era buen amigo de mi papá. Cuando yo tenía algo así como quince años, recuerdo una escena que me perturbaba mucho y que nunca pude entender del todo. Cada vez que cruzaba por el jardín de mi amigo, podía escuchar a su padre sollozando de manera inconsolable, balbuceando algunas palabras con las que suplicaba por esperanza. Su esposa estaba allí, sentada en la cama a su lado, pasándole la mano por la espalda, a menudo con lágrimas que corrían por sus mejillas.

Yo me preguntaba de qué se trataría todo esto, considerando que era una escena común y obviamente una situación desconcertante. Le pregunté a mis amigos qué es lo que había ocurrido y me dijeron que él había tenido un «colapso nervioso». Yo no tenía idea de qué era eso. Le pedí a mi madre que me lo explicara. Sabiendo por qué se lo preguntaba, simplemente me dijo: «Debe de haber ocurrido algo terrible y este hombre ya no tiene la capacidad de enfrentar la vida. Su llanto constante demuestra que no puede controlar el dolor de su corazón y las lágrimas de sus ojos». Yo era bastante joven, pero me sacudió por dentro: ¿Podía uno alcanzar un estado en el que ya no era posible controlar el dolor en el corazón y las lágrimas de los ojos? Pensaba con frecuencia en ello. Por cierto, el dolor era una realidad. Yo no podía llegar siquiera a la tienda de abarrotes sin tener que admitirlo. La única diferencia parecía ser quién lo controlaba y enfrentaba mejor, y por qué. ¿Cómo soporta uno la pena y el dolor? ¿Cómo puede uno manejarlos en la vida? ¿Adónde nos dirigimos

para buscar una respuesta cuando sufrimos o cuando vemos el sufrimiento de aquellos a quienes amamos?

El funeral de un bebé es un ensayo de uno de mis autores favoritos, el inglés F. W. Boreham. Relata que en una ocasión, cuando era un joven ministro, estaba mirando por la ventana y vio a una mujer muy ansiosa que caminaba de un lado a otro delante de su casa sin atinar a llegar a la puerta de entrada. Así que él salió y le preguntó si podía ayudarla en algo. Ella le respondió que necesitaba la ayuda de un ministro y le preguntó si podía entrar un minuto a su casa. De modo que él la hizo entrar y se sentaron en su despacho. Ella estaba terriblemente nerviosa y casi no podía hablar. Finalmente le dijo: «Tengo un bebé recién nacido que acaba de morir. Necesito que un ministro conduzca el funeral».

Boreham le hizo varias preguntas, anotó los detalles y le dijo que la ayudaría de la mejor manera posible. Ella se fue después de haber hecho los planes para el entierro, que se llevaría a cabo un par de días después. Después de esa conversación, Boreham y su esposa se fueron a un picnic que tenían planeado. Pero él no podía sacarse la historia de esa mujer de la cabeza. Así que le dijo a su esposa: «Algo no va bien. Su historia no me convence». Al atardecer, volvieron a casa y, para su inmensa sorpresa, la mujer estaba aún caminando de un lado a otro fuera de su casa, esperando a que ellos volvieran. La invitaron a pasar.

«No les he contado toda la verdad», dijo ella. «En realidad este bebé nació de manera ilegítima y era deforme. No vivió durante mucho tiempo. Solo quiero brindarle un entierro digno con únicamente su nombre en la lápida». Boreham se sintió muy conmovido.

El día del entierro llegaron al cementerio y se sorprendieron al darse cuenta de que nadie había sido enterrado allí antes. Estaba diluviando y solo estaban él y su esposa con esa mujer y su bebé en un pequeño féretro. Una niña ilegítima, deformada, la primera ocupante de ese cementerio, bajo una lluvia torrencial: ese fue el funeral que él ofició.

Años más tarde, Boreham hizo un viaje en tren con un obispo veterano que estaba yendo de una parada a otra, para reunirse con pastores de las pequeñas iglesias en los pueblos que se encontraban en esa ruta. Boreham se quedó algo apartado para permitir que el obispo pudiera tener un momento de privacidad con esos ministros. Era obvio que estaban compartiendo las historias y los desafíos de ministrar a la gente en sus respectivas congregaciones. Boreham recordaba bien las palabras finales del obispo en cada instancia: «Tan solo esté con ellos... solo esté allí para ayudarlos en sus momentos de necesidad».

Ese día, durante el viaje de regreso, los pensamientos de Boreham regresaron a la mujer con su bebé. Habían pasado ya años desde ese funeral, pero cada domingo él podía estar seguro de ver un rostro en su congregación. Era esa mujer. El día que se conocieron, el rostro de ella había quedado cubierto de lágrimas y sus ojos mostraban temor. Con el paso de los años esas lágrimas se secaron y sus ojos hablaban de pertenecer a un mensaje y a una esperanza y a personas que la ayudaron a superarlo.

Muy pocas veces en la vida convergen todas las formas de agnía: una lucha moral, una pena que quiebra el alma, una pequeña en el corazón del relato, la máxima desolación de ser enterrada en un

cementerio vacío, la naturaleza volcando sus «lágrimas» mediante una lluvia torrencial, y sin embargo, las palabras de las Escrituras, el corazón solícito de un ministro y años de pertenencia a una comunidad amorosa confluyeron en una sola vida. ¿Qué mece el corazón cuando convergen todas esas penas? En alguna parte de la comunidad de aquellos que han puesto su esperanza en Dios, esta mujer encontró consuelo y significado en medio de la pregunta más difícil que jamás tuvo que enfrentar: ¿Por qué este sufrimiento?

En cada uno de los capítulos de este libro, mi colega Vince Vitale y yo vamos a delinear una respuesta diferente a esta inmensa pregunta. Algunos de los capítulos arrojarán una mirada fresca a una antigua respuesta. Otros propondrán respuestas nuevas para su consideración. Las respuestas están, por supuesto, profundamente relacionadas, pero al mirarlas por separado esperamos poder mostrar que los recursos de la comunidad cristiana para abordar este eterno desafío son más ricos y numerosos de lo que típicamente suponemos.

El desafío

Sin embargo, antes de avanzar hacia las respuestas, deseo detenerme en la pregunta: escucharla, enmarcarla y preguntarnos qué es lo que presupone acerca de quiénes somos. Esto lleva la cuestión del sufrimiento a una realidad concreta y, si lo abordamos correctamente, nos da la posibilidad de tener esperanza. En cuanto al aspecto intelectual de este debate, les prometo que llegaremos a él. Pero primero

desearía concentrarme en el lugar donde más ronda la oscuridad del mal y del sufrimiento, donde puede resplandecer el primer destello de luz.

Podemos decir con seguridad que tanto el escéptico como el creyente comparten una misma opinión: el asunto del dolor y del sufrimiento plantea el mayor desafío a la fe en Dios. En una conversación entre eruditos sobre el tema de un mundo quebrantado por el sufrimiento es a menudo descrito como un *trilema* imposible de solucionar. El argumento de los escépticos se postula planteando primero tres afirmaciones básicas que son obedecidas por los cristianos, mostrando luego que esas afirmaciones son irreconciliables. Al menos, insisten, esas afirmaciones según las definen ellos tienen que ser sostenidas por los cristianos:

1. Dios es todopoderoso: Puede hacer todo lo que quiere.
2. Dios lo ama todo: Ama y valora intensamente a su creación.
3. El mal es una realidad: El sufrimiento es una parte de este mundo que todo lo empapa.

Si nos tomamos esto al pie de la letra, es obvio que las ideas discrepan. Un Dios todopoderoso puede hacer todo lo que desea y, desde nuestra perspectiva, la cosa amorosa que tendría que hacer es moderar el dolor de aquellos que ama. Sin embargo, el mal y el sufrimiento ocupan una parte importante de nuestra experiencia humana. Dios no los ha quitado. Esas aseveraciones juntas no tienen sentido. Ese es el trilema. Es casi imposible encontrar algún tratamiento del tema sin toparnos con esta «evidente» incoherencia.

De modo que la conclusión lógica para resolver el trilema es que una o todas las tres aseveraciones tienen que ser negadas. Sería algo demasiado obvio negar que el mal es una realidad, de modo que, se afirma, los cristianos tienen que renunciar al menos a una de las primeras dos creencias y tal vez a ambas: o Dios no es todopoderoso o no es amoroso, o no es ni una cosa ni la otra.

De hecho, algunos filósofos van aún más allá. No solo piensan que defender estas tres ideas como compatibles es irracional, sino que creen que el problema es tan grave que hace que la fe en Dios sea irracional. Ya deja de ser una mera defensa de la que el teísmo se debe apropiarse; es una ofensa que hace que el teísmo sea una violación a la razón.

Es interesante que rara vez haga una pausa el escéptico para ir hacia dónde nos lleva lógica y, en definitiva filosóficamente, este trilema. Si las dos primeras declaraciones son negadas, el alegato más empíricamente evidente —que el mal es una realidad— va a tener que ser a la larga también negado. Pero no me quiero apresurar.

Tan persuasivo es este trilema para el escéptico que es a menudo considerado como una prueba absoluta de que Dios no existe. El matar a Dios —lo que Nietzsche consideraba la mayor hazaña— se ha conseguido. El filósofo y estridente ateo australiano J. L. Mackie lo expresó con estas palabras:

Se puede demostrar, no que las creencias religiosas carecen de apoyo racional, sino que son positivamente irracionales, y que las diversas partes de la doctrina teológica esencial son incoherentes entre sí, de modo que el teólogo

puede mantener su posición como un todo solo mediante un rechazo mucho más extremo de la razón que en el caso anterior. Ahora tiene que estar preparado a creer, no solo en lo que no puede ser probado, sino en lo que puede ser refutado por las otras creencias que también sostiene.¹

Para Mackie, y para los que apoyan su desafío, no se trata tanto de una crítica desde una perspectiva opuesta lo que destruye la fe cristiana, sino que estas afirmaciones de fe, dentro de la religión cristiana, dan como resultado su fin cuando son sometidas a la prueba de la razón. Tan fuertemente sostienen este argumento que ha sido caratulado como el Argumento Tangible del Mal, un contrapunto al teísmo.

Cuando un contraargumento a este nivel de irracionalidad revela la incoherencia del desafío, de repente se reubica la pregunta. ¿Qué quiero decir con esto? Miremos las tres afirmaciones nuevamente.

1. Dios es todopoderoso: Puede hacer lo que él quiere.
2. Dios todo lo ama: Ama a su creación.
3. El mal es una realidad: El sufrimiento es una parte real de nuestra experiencia humana.

Cada una de estas declaraciones está pasada de moda: ¿Quién dijo que Dios puede hacer todo lo que quiere, y qué quiere decir esto en realidad? ¿Qué significa «lo que él quiere»? ¿Puede Dios hacer algo que sea mutuamente excluyente? ¿Puede hacer un círculo cuadrado? ¿Puede mentir y decir que es la verdad?

La crítica es en realidad bastante tonta. Si Dios puede hacer cualquier cosa, sin duda puede también permitir el mal y llamarlo bien. ¿Por qué ha de darnos alguna explicación? De hecho, si la omnipotencia significa que es todopoderoso sin ninguna limitación lógica o racional, Dios puede permitir que exista el mal y no ver ninguna incoherencia en él. Y si Dios puede hacer lo que quiere, ¿por qué no puede ser también simplemente incoherente? Esto puede resultarle irracional al escéptico, pero ¿acaso el poder ilimitado no significa también el poder de ser irracional sin ninguna justificación?

O tomemos la segunda premisa: ¿acaso es eliminar el dolor siempre la cosa más amorosa que se debe hacer? ¿Es obligatorio que si amamos a alguien hagamos que su vida esté completamente libre de todo dolor? Llevándolo un paso más lejos, ¿el amor siempre significa darle a alguien la libertad de tener o de hacer lo que quiere? ¿Es amor quitar los límites? Muy rápidamente podemos ver que cada premisa, según ha sido expresada o insinuada por el crítico, hace suposiciones que son en realidad irracionales.

Por esta razón, en los debates el que ataca desvía rápidamente el ataque en otra dirección: ¿Por qué habría creado Dios un mundo semejante cuando en su omnisciencia podía ver de antemano el alcance del mal que se haría y las profundidades del sufrimiento de los inocentes? Al presentarlo de esta manera, las emociones se extienden al máximo cuando uno describe el alcance del mal. Ahora el problema se torna escabroso. Ninguna persona pensante y cariñosa puede tocarse la barbilla y decir: «Es verdad, pero desafortunadamente es así». La angustia tiene que ser sentida y *es* sentida, y es por eso que se plantea la pregunta del sufrimiento en primer lugar.

Pero al exigir una respuesta para la realidad del sufrimiento, el que pregunta está buscando una respuesta emocionalmente satisfactoria, tanto o quizás más aún que una respuesta intelectualmente satisfactoria. Una persona que cae de una escalera alta entiende que caerá en dirección al suelo. En este caso no existe ninguna lucha intelectual. Pero su lucha *emocional* es por qué estaba mal puesta la escalera o por qué no tuvo más cuidado.

¿Es el trilema demasiado trivial?

La respuesta a toda esta serie de invectivas puede ser breve o puede ser extensa. Permítanme contraponer esta pregunta: ¿Es este trilema una serie exhaustiva de afirmaciones? ¿Qué pasa si intercalamos una aseveración más a considerar, que *también* intercala la fe cristiana: que «Dios es todo sabiduría»? ¿Sería esto entonces más un *cuatrilema* que un trilema? Dios es todo poderoso, es amor absoluto, y todo sabiduría... y el mal existe. ¿Y por qué no quizás un *quintilema*? Dios es todo poderoso, todo amoroso, todo sabio y *eterno*... y el mal existe *a lo largo del tiempo*.

Cualquiera de estas aseveraciones puede ser defendida en base a la sola razón. ¿Por qué es que nosotros como seres humanos finitos, tramposos, limitados por el tiempo, tan frecuentemente equivocados, pensamos que tenemos toda la sabiduría necesaria para castigar a Dios y colocarlo delante del estrado de *nuestra* sabiduría dentro de *nuestro* calendario? ¿No es simplemente posible que, a pesar de que pensemos que estamos funcionando bajo la luz, estemos tal vez

operando en la oscuridad? ¿No es acaso también posible que existan lecciones de carácter aprendidas en la adversidad que jamás podríamos haber aprendido de alguna otra manera?

Tomen el simple ejemplo de una persona tan absorta en el relato mientras mira una película que comienza a haber una disyuntiva de increíbles proporciones entre el espectador y el espectáculo. Mi suegra es esa clase de espectadora. Queda tan cautivada por lo que está mirando que realmente comienza a hablarles a los actores de la película: «¡Ten cuidado, hay alguien escondido detrás de la puerta!» «No entres... ¡no entres!»

Yo me frustro tanto en esos momentos que comienzo a decirle que no solo sabe el actor en la película lo que va a ocurrir, sino que su objetivo es hacerle creer que no lo sabe y ella está cayendo en la trampa. Lo que es más, esta no es la primera vez que él entra en esa habitación. Lo ha hecho una y otra vez hasta que el director decidió que lo hacía lo suficientemente bien como para hacerle pensar a ella que no sabe lo que le aguarda detrás de la puerta. El narrador tiene la esperanza de cruzar el límite entre la imaginación y la realidad suspendida en el tiempo. Si no creyéramos en esa disyuntiva, sería el fin del drama.

Pero en una llamada «historia verdadera», basada en hechos, un actor desempeña un rol que realmente existía. En realidad hubo un momento y un lugar en el que no había un actor, sino la historia de la vida de una persona que era tan real como la vida misma.

Dios, que existe en lo eterno, al crear el tiempo y las personas, nos da un trasfondo de la historia y suficiente información como para que sepamos cómo terminará esa historia. La persona que

busca verdaderamente la verdad tiene suficientes claves que le permiten sobrellevar a través de los tiempos lo que tiene valor eterno, y ver en la realidad y la experiencia el triunfo de la verdad sobre la mentira, del amor sobre el egoísmo. Es el triunfo culminante de lo sagrado sobre lo profano. No es imaginario, ni tampoco lo podemos explicar sin la realidad del otro.

Hace varios años hubo una poderosa película titulada *Not Without My Daughter* (No sin mi hija). Estaba basada en la historia real de una mujer estadounidense casada con un hombre musulmán en los Estados Unidos. Después de varios años de feliz matrimonio, el hombre lleva a su esposa y a su joven hija a Irán, su tierra natal, de vacaciones. Pero al poco tiempo, la esposa se da cuenta de que él jamás planeaba regresar a los Estados Unidos, sino que su idea era mantener por lo menos a su hija en su tierra, aun cuando su esposa se pudiera ir. La historia está repleta de un alto dramatismo, emoción y una lucha feroz mientras la madre experimenta el dolor de vivir con mentiras y ve cómo su hija es criada en una cultura con la que no se siente cómoda, enfrentando ella misma hostilidades y abusos.

Poco a poco, ella comienza a diseñar un plan para sacar a escondidas a su hija de Irán. Con la ayuda de algunas personas locales y corriendo un riesgo increíble, ella comienza su viaje de huida. Cuando el plan culmina con laborioso éxito, la escena final de la película muestra a la madre tambaleándose por una calle desconocida con su hija en brazos, sin estar segura de dónde se encuentra. Cuando escucha que algo se está agitando en el viento, mira hacia arriba, desde donde viene el sonido, y ve la bandera de los Estados Unidos

agitándose sobre un edificio. De repente se da cuenta de que está frente a la embajada americana, y comienzan a correr descontroladamente lágrimas por sus mejillas; ella capta el aroma y la visión de la libertad y del hogar.

Estoy convencido de que así es la esperanza y la victoria del que capta la historia de Dios para la humanidad. Llegamos al lugar de libertad para tener nuevamente esperanzas, porque sentimos la presencia misma de Aquél que nos libera.

El dolor de no tener dolor

Hace tiempo leí una entrevista a una mujer que tenía una hija con una rara enfermedad. En el último renglón de la entrevista, ella decía: «Mi oración por mi hija cada noche es: “Dios amado, permite que mi hija pueda sentir dolor.”» Si eso fuera lo único que uno lee de la entrevista, ¿qué conclusión sacaría? En el mejor de los casos, nuestros pensamientos más generosos serían que tal vez esta niña era cruel y totalmente indiferente al sufrimiento ajeno, y que la madre estaba orando para que su hija aprendiera a sentir empatía por los demás, sintiendo ella su dolor. Pero no era el caso. La hija a la que se refería padecía una rara enfermedad que hacía que le resultara imposible sentir dolor físico.

En una narrativa totalmente diferente, al tiempo que escribo esto, llegan noticias de última hora de un joven estudiante australiano en los Estados Unidos a quien mataron de un balazo tres jóvenes con la sola intención de «divertirse». Tras el hecho, no sintieron

ningún dolor, remordimiento ni culpa. El padre de uno de ellos dijo: «Mi hijo no siente que haya hecho algo malo».

Aquí vemos dos ejemplos de existencias sin dolor. Pero la diferencia entre ellas es abismal. En el primer caso, una niña nació con una rara enfermedad congénita llamada CIPA (por sus siglas en inglés) que es una insensibilidad congénita al dolor con anhidrosis. Esta horrible enfermedad solo ha afectado a muy pocas personas a lo largo de la historia. Simplemente, el cuerpo no siente dolor, pero esto no significa que el cuerpo no pueda ser herido. De hecho, allí reside el peligro: la niña podría pisar un clavo oxidado que penetre en su pie y, en consecuencia, desarrollar una infección que ponga en riesgo su vida, pero no sentiría ningún dolor, ni se daría cuenta de que está lastimada. Hasta podría poner la mano sobre una hornilla encendida y no sentir cómo se quema.

En otras palabras, hay dos realidades. Hay verdadera destrucción y debilitamiento sin una sensación concomitante de pérdida, porque hay una pérdida real a un nivel más profundo en el cual el sistema de señales del cuerpo ya no funciona. Es una enfermedad física de fatales proporciones; de ahí la oración de su madre: «Por favor, deja que mi hija sienta dolor».

La segunda historia, aquella en la que mataron a un joven por pura diversión, es en realidad una enfermedad más mortal aún, porque aquí se inflige dolor sin una respuesta emocional. En una sociedad civilizada se espera que alguien que cause dolor sienta remordimiento y angustia por el acto cometido. Qué mundo terrible sería este si cada uno de nosotros tuviera un vecino de tal monstruosidad que, a pesar de perpetrar dolor, no sintiera nada. Nos podría lastimar

con el solo fin de «divertirse». ¿Por qué mientras que la situación primera es igualmente ilustrativa, la última es más atemorizante? Ambas nos dicen que el dolor es un verdadero indicador de un propósito mejor, y ambas nos dicen que cuando un mal funcionamiento subyacente es real, los síntomas, a pesar de ser secundarios, son las luces de advertencia de lo que tenemos que arreglar. Las peores clases de enfermedades son aquellas en las que no hay síntomas que indiquen el efecto fatal que está llevando a cabo su tarea mortal.

Imagínense que están subiendo una colina por un sendero zigzagante, en vez de correr en línea recta, debido al ángulo empinado del ascenso. Al trepar, a veces les parece estar alejándose de su destino en la cima porque están caminando en ángulo, en vez de subir recto. Sin embargo, en realidad se están acercando a la cima cada vez más. Súmenle a eso un componente más: el que sea verdad que la distancia más corta a un destino no es siempre el mejor camino, porque con frecuencia se pierden las experiencias más importantes. Uno puede rápidamente ver cómo nuestro trayecto en la vida contiene ejemplos de estar viajando hacia un destino que buscamos por un sendero que no está siempre libre de impedimentos y obstáculos, o dolor, y esa es frecuentemente la mejor manera de ir. No sentir dolor no es lo único que nos indica si algo es beneficioso o no.

El razonamiento de la razón

Filósofos como J. L. Mackie, que usan la existencia del mal como un argumento en contra de Dios, no diferencian entre la lógica y el

razonamiento. Una persona usando la misma lógica de Mackie puede aplicar un razonamiento diferente a la misma situación y sacar una conclusión completamente diferente.

Yo soy de la India. Hay una antigua canción popular hindú que dice:

*Mis zapatos son japoneses; estos pantalones, ingleses;
la gorra sobre mi cabeza, rusa; sin embargo,
mi corazón es hindú.²*

Por supuesto, aquí «corazón» se refiere a la manera en que uno piensa y siente. El problema del sufrimiento se siente en Oriente tanto como en Occidente. El dolor es el mismo en el este y en el oeste; dónde vive uno y la cultura de la que proviene son intrascendentes. Ambos lloran a sus muertos, ambos visitan a sus seres queridos en el hospital, ambos tienen clínicas para paliar el dolor y psicoterapeutas. Y cuando un musulmán dice «Insha Allah» o el hindú murmura «kismet» (suerte), o el budista «karma», los tres entienden el trilema del que hablamos, aun cuando su proceso de razonamiento no sea el mismo que el de Mackie y de aquellos que plantean el trilema como «irresoluble». Por supuesto que no estoy hablando de aquellos que viven en poblados desde los que jamás han escuchado hablar de Leibniz o San Agustín. Estoy hablando de la gente instruida y bien versada en filosofía, incluso la filosofía occidental.

Usar la lógica como prueba para la verdad y el razonamiento no resulta siempre en las mismas inferencias acerca de lo que es verdadero. Las visiones del mundo tienen que ser pasadas por el tamiz

de nuestro proceso de razonamiento para examinar si hemos hecho justicia a los hechos y la lógica, o si simplemente hemos forzado conclusiones que amputan otras realidades. Dichas extrapolaciones son a menudo tendenciosas y revelan más de los prejuicios de los cuales argumenta el contendiente.

Si uno ha de ser justo con las posturas más importantes, debe probar la lógica de la postura propia antes de indiscriminadamente desechar una posición alternativa. Declarar un problema como irresoluble mediante una vulgar lógica estéril, que no logra examinar plenamente las afirmaciones, corre el riesgo de convertirse en algo ilógico e irreal. Es imperativo que comprendamos no solo el problema lógico que está siendo presentado sino el proceso de razonamiento que aplicamos a una pregunta tan importante.

En una reciente entrevista, el filósofo Daniel Dennett describió la defensa del teísmo cristiano de Alvin Plantinga en el contexto del problema del mal como «lógicamente impecable y [sin embargo] absurda».³

Vaya afirmación. Estoy suponiendo que al decir aquí «lógicamente» no solo quiere decir que el argumento de Plantinga tenga un poder explicativo, sino que es coherente, ya que ese es un componente necesario del ser lógico. ¿Qué quiere decir entonces con «absurda»? Debe querer decir solamente que bajo su punto de vista *cualquier* justificación del mal es absurda. De modo que inevitablemente ha pasado a emitir un juicio de valor.

En esa misma entrevista, Dennett habla con ímpetu en contra de todo el que cree en los absolutos. Uno puede preguntarle si sostiene esa postura de manera absoluta, pero no detengamos su argumento

tan rápidamente. Si la postura de Plantinga es lógica y, sin embargo, absurda, ¿quiere eso decir que la propia postura de Dennett acerca del mal es por lo tanto ilógica, pero no absurda, o es de hecho tanto ilógica como absurda? Cualquiera que sea nuestra conclusión, desde el punto de vista teísta, el trilema puede ser únicamente invocado en el contexto y dentro de los límites del tiempo y, por lo tanto, la fe cristiana puede quedar lógicamente sustentada.

El punto de vista desde el quebrantamiento

Hace unos meses, un amigo hizo arreglos para que tuviera el privilegio de visitar y hablar con prisioneros en la infame prisión de Angola, en Luisiana, que solía ser conocida como la prisión más peligrosa de los Estados Unidos. En Angola hay alrededor de cinco mil presos, de los cuales más de un 85 por ciento son presos de por vida sin posibilidad de libertad condicional, y cuarenta y cinco de los cuales están esperando ser ejecutados. No muchos años atrás, cuando trajeron a un prisionero, le dieron un cuchillo para que se protegiera. No era extraño ver manchas de sangre en suelos y paredes. Estos presos están entre los criminales más crueles y malvados del mundo. Ingresar a esa prisión para toda la vida sin libertad condicional era decir adiós a toda amabilidad, sin posibilidad de libertad alguna.

Las cosas han cambiado en Angola. Mientras conocía y hablaba individualmente con algunos de estos prisioneros, no podía dejar de preguntarme qué crímenes habrían cometido, y qué habría hecho que esta persona aparentemente calma y sosegada hiciera lo que

hizo para acabar aquí. Di una charla en el seminario de la prisión, en el que estaban inscritos en ese momento cerca de noventa prisioneros. Después me puse a charlar con un grupo pequeño de hombres y uno de ellos me contó un poco acerca de su pasado y cómo había terminado en Angola de por vida y sin libertad condicional posible. Le pregunté: «¿Cómo manejas la perspectiva de que jamás saldrás de aquí, y que es aquí dónde pasarás el resto de tu vida?»

Este hombre no parecía tener más de treinta y cinco años. Me respondió: «Sabe, señor, si usted supiera la clase de persona que yo era antes de venir aquí, y en qué me he convertido gracias a la libertad que Jesucristo ha traído a mi alma, lo único que le puedo decir es que si este fue el precio que tuve que pagar para volver a recuperar mi sanidad, estoy feliz de pasar el resto de mi vida en este lugar». Luego hizo una pausa y agregó: «Por favor ruegue por nuestros padres. Ellos piensan que son libres, pero están en la prisión de su propia oscuridad sin Dios».

Esa noche tuve que contener mis lágrimas mientras veía a este mismo hombre liderando a más de setecientos prisioneros en adoración antes de que yo hablara. Fue una de las experiencias más aleccionadoras de mi vida. Un duro criminal que ha experimentado la redención comunica una poderosa historia de cuán profunda es la enfermedad humana, y que, a menudo, uno tiene que tocar fondo antes de adquirir la habilidad de entender lo que yace debajo del mal.

Un buen amigo mío es un comediante profesional, uno de los cómicos de monólogos más exitoso de todos los tiempos. Menciono esto porque pocos conocen las profundidades del compromiso de

este hombre en lograr que el mundo sea un lugar mejor. Hacer reír a la gente es su pasatiempo; dar a la gente esperanza es su verdadera pasión. En una conversación reciente, él habló de su día favorito de la semana: el día que lidera un estudio bíblico para los sin techo en Atlanta, Georgia. Me contó acerca de un hombre que había sido expulsado de su familia hacía veintidós años. Cualquier intento de volver a casa era rechazado porque los miembros de su familia sentían que no podían confiar en él.

Un día estaba mi amigo enseñando la historia del hijo pródigo en el estudio bíblico. Este hombre meditó la historia durante un buen rato, volviendo a leerla y estudiándola con cuidado. «¿Sabe qué?», le dijo finalmente a mi amigo, «existe una mundo de diferencia entre decir “he cometido un error” y decir “he pecado”. ¡Una enorme diferencia! Cuando el hijo de la parábola regresa a su padre, no le dice: “He cometido un error”. Le dice: “He pecado contra el cielo y contra ti”».

Al poco tiempo de aceptar las repercusiones del regreso del hijo pródigo, este hombre sin hogar también regresó a la casa de su madre y le dijo: «Te he robado, te he engañado, te he mentado. He pecado contra el cielo y contra ti. Te pido perdón por mi pecado». Veintidós años hechos añicos y de pronto el descubrimiento de la verdad más básica. No esperaba ningún cambio en la actitud de su familia hacia él; solo quería que supieran que él entendía lo que les había hecho y les pedía que le otorgaran su perdón.

La familia, viendo por primera vez que él percibía sus acciones en términos tan autoreveladores, abrieron de par en par las puertas del corazón y de su casa y le pidieron que volviera. Él está ahora de

vuelta con su familia. Pero todas las semanas regresa al estudio bíblico con las personas sin techo para relatar la historia de su propio trayecto de regreso a Dios. «He pecado». Esas palabras provienen de lo profundo del remordimiento bien sentido.

Donde comienzan las definiciones

Al comenzar esta exposición, permítanme decirles por qué creo que la posición atea engendra más discrepancias racionales que las así llamadas evidencias contra Dios. Uno tiene que comenzar con una simple pregunta: ¿Existe un marco moral para la vida? ¿Son los juicios morales que emitimos un reflejo de una realidad que no es únicamente una preferencia de valores sino que viene en cierta manera impuesta? Porque vean, para el naturalista la presencia del mal es preocupante y tiene un doble filo. ¿De dónde sacan siquiera la categoría del mal? Y segundo, ¿cómo rompen su dominio?

Para el teísta cristiano, el bien y el mal tienen un punto de referencia. Con el punto de partida naturalista, el bien y el mal son sentidos emocionalmente o pragmáticamente impulsados, cayendo ambos víctimas de los procesos de razonamiento de nuestras diversas culturas. Hay una patente incoherencia dentro del naturalismo.

Hace algún tiempo estaba viendo un documental de la BBC titulado *Our Planet Earth* (Nuestro planeta tierra). Es una fascinante serie que trata sobre la maravilla y el misterio de la vida en este planeta llamado Tierra. Es muy difícil ver la serie y no sentirse intrigado por las formas complejas de vida, y cómo se relacionan la una con la

otra. Desde la profundidad de las cavernas donde apenas un grupo de hombres han descendido, a los rigores de la helada supervivencia polar desde las lentes de una cámara y la casi cómica manera de caminar de los pingüinos, yo miraba con total asombro.

La parte más difícil del programa es ver el instinto de buscar y devorar de los pájaros y las bestias cuando encuentran a su víctima, para luego convertirse ellos mismos en víctimas de otros. Recuerdo leer las palabras de Voltaire cuando meditaba sobre la cadena depredadora de la vida; cómo las miserias de cada uno suponen constituir el bien de todos; y las palabras de Tennyson en *In Memoriam*: «La naturaleza, roja en dientes y garras...»⁴. Es difícil escapar a la tragedia de ello y no hacerse la pregunta de por qué tiene que ser así.

En este programa en particular, viendo al majestuoso oso polar, hubo una escena en concreto que me dejó emocionalmente turbado. Esas magníficas criaturas temibles que sobreviven a temperaturas que congelarían el cuerpo humano en cuestión de minutos son hermosas y salvajes a la vez. El oso polar tiene una tarea que llevar a cabo. Tiene que encontrar comida. Está limitado a un cuerpo que no ha comido desde hace semanas y que está en su punto más débil, y por una superficie de hielo cada vez más delgada que pronto va a sucumbir bajo su peso a medida que avanza el deshielo primaveral. Así que el macho se mueve a un determinado paso, tan rápida y cuidadosamente como puede. El hielo se está derritiendo y no puede soportar su peso, de modo que tiene que medir sus pasos mientras que el tiempo escasea.

Pronto llega a un grupo de morsas y se detiene a descansar y a planear su ataque. Sabe que su mejor opción son los bebés recién

nacidos, los más débiles de la manada, pero su desafío es poder abrirse camino por el círculo de morsas adultas y el instinto protector de los padres que estarán defendiendo a sus bebés de los atacantes. Comienza su actividad. Trepa sobre uno de los padres y trata desesperadamente de inmovilizarlo para tener así acceso al bebé. Pero el resto de la manada usa su peso y sus colmillos para repelerlo. A pesar de su aspecto tan torpe, atacan al oso. Su propia piel gruesa los protege y sus colmillos pueden infligir heridas mortales en su atacante.

El oso polar da un último golpe con sus garras pero falla. A punto de darse por vencido, ve otra hendidura en la manada y salta para aprovecharla. Esta vez está encima de la madre de un pequeño bebé, en una batalla a vida o muerte, tanto para el oso como para las morsas. Por más que lo intenta, exhausto en su estado de debilidad después de sus otros intentos, simplemente no puede vencer la resistencia e instinto protector de las morsas adultas.

Mientras miraba cómo el oso trataba de capturar al pequeño y fallaba, se daba la vuelta y caía, sucumbiendo a sus propias heridas, sentí una lucha con mis propias emociones. La última escena fue la del oso luchando por ponerse de pie, arañando el hielo y cavando su propia fosa.

El narrador añadió en tono sombrío que la muerte de este oso polar era una imagen de la disminución en la población de las especies y de la verdadera posibilidad de extinción causada por el calentamiento global del cual somos, los seres humanos, responsables.

Qué estudio fascinante, qué increíbles suposiciones, qué asombrosa filmación exigiendo una respuesta seria y medida al mundo

de la naturaleza. ¿En serio? ¿Era eso de lo que trataba el programa? ¿O hay algo más, tirando del alma humana? ¿Por qué un orden del mundo semejante? ¿Por qué la apelación a la belleza, la majestad, y luego a la responsabilidad de la humanidad? Si solo se trataba de salvar al oso, una simple solución hubiera sido dejar animales muertos al alcance de los animales hambrientos, de modo que cuando estuvieran famélicos pudieran tener todo lo que necesitaban. ¿Cuál es el paradigma que mejor se ajusta a este escenario y a otros innumerables como este? ¿Trataba realmente el documental sobre cómo salvar a los osos polares o trataba sobre la responsabilidad de la humanidad hacia el mundo en que vivimos?

El narrador de la BBC no pudo resistir la tentación de proporcionar una aplicación moral, apelando a las emociones y conciencias de los espectadores y resaltando nuestra responsabilidad por la desaparición de la población de osos polares. Antes de enviar a su padre a una misión para encontrar comida, ¿por qué no se reunieron los osos para debatir si la población de morsas también tenía derechos? ¿Por qué no le dijo la mamá osa al papá oso: «Nosotros protegemos nuestros cachorros hasta la muerte. Te parece justo que persigas a los bebés de otros animales?» ¿Tuvo el oso algún cargo de conciencia antes de ir a matar? No. No esperamos que el mundo animal actúe salvo que sea por instinto natural. No son criaturas morales. Son animales salvajes que viven para sobrevivir y ninguna otra cosa les importa.

Si somos naturalistas, ¿por qué esperamos que las especies humanas sean diferentes y reaccionen con razonamientos morales? ¿Por qué nos tendría que molestar que alguien diga: «Realmente no

me importa nada ni nadie; deseo vivir mi estilo de vida»? Oscar Wilde dijo una vez que no apreciamos los atardeceres porque no tenemos que pagar por ellos. G. K. Chesterton remarcó que Wilde estaba equivocado: «Podemos pagar por ellos no siendo Oscar Wilde». ⁵

¿Se dan cuenta de cuán profundas son realmente las preguntas? Creer que con solo resolver el dilema ambiental habremos respondido a las preguntas de la existencia es como creer que por el solo hecho de entender la gravedad tendremos el razonamiento moral de no bajar a nadie del techo. Todo el mundo sabe que tirar bombas mata a la gente, pero eso no nos ha impedido ir a la guerra. Aún tenemos que responder a la pregunta de por qué está mal asesinar a los demás.

Francamente, no tuve que ver el documental para sentir esa oleada de emociones y amar al mundo animal. He tenido el privilegio de ir en un vehículo abierto por una de las más hermosas regiones de Sudáfrica en un safari, con la esperanza de ver a «los cinco grandes»: el león, el leopardo, el búfalo, los rinocerontes y el elefante. Una noche pudimos ver algo extraordinario, incluso para los guías del safari: tres leonas y sus cachorros dándose un festín con la carcasa de un elefante muerto. Cómo había sido derribado el elefante era algo que no se atrevían a conjeturar los guías. Apparently, no es común que un león ataque a un elefante.

Al acercarnos, a unos cinco metros de su banquete, los leones nos echaron una mirada que elocuentemente decía: «No se atrevan a acercarse ni un paso más». Ocultas a poca distancia estaban las hienas, y sentadas en las ramas de los árboles estaban las aves de rapiña, esperando cada una su turno. Honramos con todo gusto esa

mirada. ¿Pero no habría sido mejor si los leones les hubieran dicho a las hienas y aves de rapiña: «Acérquense, hay cantidad suficiente para todos»?

Eso no lo esperamos de los animales pero, como seres humanos, les pedimos a los que tienen en abundancia que lo compartan con los que no tienen nada. De hecho, el razonamiento moral es lo que contribuye a satisfacer las necesidades de los menesterosos. ¿Por qué esperamos una norma diferente de nosotros mismos que de los animales? ¿Acaso no es porque vemos el reino animal en todo su esplendor como un mundo salvaje sin debate moral?

De hecho, a tan solo unos treinta metros de donde estábamos parados mirando, había un elefante quitándole la corteza a un árbol con su trompa. Una vez alimentado, entregaría el árbol a su muerte. Somos los hombres los que estamos reponiendo esos árboles para que los animales puedan sobrevivir. En esta mezcla de vida y muerte y destrucción, el problema del dolor nos clava su mirada todos los días. ¿Cuál sería la explicación si el naturalismo lo fuera todo? ¿Existe un relato que sea lo suficientemente amplio y verdadero como para lidiar con los hechos?

Las flores y las espinas

Permítanme ahora cambiar de escenario y pasar de lo real a lo imaginario. ¿Se acuerdan de esa antigua parábola del jardinero elaborada por Antony Flew y John Wisdom?⁶ En la parábola, dos exploradores llegan a un lugar donde encuentran un área bien despejada con hermosas flores que crecen entre espinas. A continuación, comienzan a

debatir si hay o no un jardinero. Uno argumenta que tiene que haber un jardinero ya que no habría manera de explicar la belleza y arreglo de las flores. El otro contraargumenta que no puede haber un jardinero ya que este habría quitado todos los hierbajos y las espinas que presentaban el peligro de ahogar a las flores.

Así que esperan y vigilan y no ven a nadie. Sacan la conclusión de que no han visto a ningún jardinero, por lo tanto, no hay jardinero; el jardín solo funciona de acuerdo con alguna ley natural que permite que tanto las flores como los hierbajos puedan prosperar. Porque, se preguntan, ¿cuál es la diferencia entre un jardinero imaginario y ningún jardinero?

John Frame, otro filósofo, escribe su propia parábola basándose en la misma evidencia⁷. Pero en su parábola hay un jardinero que es visto y hay huellas de sus pisadas, lo cual evidencia su existencia. Al final de la parábola le pregunta al escéptico: ¿Cuál es la diferencia entre un jardinero imaginario y un jardín con flores que podría haber sido plantado solamente por un jardinero real?

Ambas parábolas terminan en una pregunta: ¿Cuál parábola verdaderamente responde a la evidencia y las preguntas?

En Oriente hay una historia de un león que va de un animal a otro preguntándole a cada uno quién es el rey de la selva. Uno tras otro se inclinan delante de él y dicen: «¡Tú lo eres, oh león!» Finalmente, el león se encuentra con un elefante y le hace la misma pregunta. Como respuesta, el elefante rodea al león con su trompa, lo levanta en el aire y lo tira al suelo. El león se pone de pie, algo sobresaltado, y dice: «No tienes por qué enfadarte tanto... solo te hice una pregunta».

Así que le hago una pregunta al naturalista: Dado que usted dice que la realidad del mal hace que usted, un ser humano, no crea en Dios, ¿cuál es su definición del ser humano? ¿Somos meramente animales educados, diferentes del mundo animal solo en grado, en cuyo caso no hay razón por la que actuar de manera diferente que los animales, y el mal es una categoría que no puede existir? ¿O somos *esencialmente* diferentes, equipados con un sentido de responsabilidad moral que es ineludible y que está sujeta a una serie diferente de reglas?

Antes de que algo sea vivido tiene que ser creído, y no todo lo que es creído es siempre vivido. La realidad es que la negación de la creencia en Dios está plagada de problemas lógicos y existenciales. Si verdaderamente se niega la existencia de Dios (de la cual deriva la naturaleza esencial del hombre), tiene que haber entonces tres conclusiones lógicas.

1. El hombre (la humanidad) se convierte en Dios.
2. El cuerpo se convierte en alma.
3. El tiempo se convierte en eternidad.

Esto es apenas un boceto. Más adelante, lo explicaré con más detalle. Por ahora, estas conclusiones son bastante obvias: ¿Podemos vivir con sus ramificaciones? Si estas conclusiones son verdaderas, ¿qué ocurre con el problema del mal?

Otras religiones intentan responder a estas preguntas acorde a sus propios términos, y los ateos luchan por mantener las categorías que han inventado. El cristianismo sugiere que las respuestas

coherentes y aceptables no se encuentran en que los hombres se conviertan en Dios, sino en el Dios que se convirtió en hombre. En los próximos capítulos, Vince y yo vamos a explorar todas estas posibilidades.

Lo intelectual y lo pastoral

Tendríamos que enfatizar, desde el principio, una distinción más. Tan importante al menos como la pregunta de por qué hay sufrimiento existe la pregunta de cómo enfrentaremos el dolor.

El filósofo Alvin Plantinga conoce bien este tema, y en su libro *God, Freedom, and Evil* [Dios, la libertad y el mal], aplica un penetrante escrutinio filosófico al problema del sufrimiento desde su amplitud de conocimientos y profundidad de entendimiento. A la luz de esto, creo que su siguiente afirmación es extremadamente perceptiva y tiene profundas implicaciones:

En la presencia de su propio sufrimiento o el de alguien cercano a él, puede resultarle difícil mantener lo que él considera como la actitud correcta frente a Dios. De cara a un gran sufrimiento o infortunio personal, puede verse tentado a rebelarse contra Dios, sacudir el puño en su cara o, incluso, renunciar por completo a su fe en Dios. Pero este es un problema de una dimensión diferente. Dicho problema convoca no el esclarecimiento filosófico, sino el cuidado pastoral.⁸

Esta declaración resume el aspecto práctico de esta pregunta, el cual es completamente diferente de su aspecto pastoral, y tiene toda la razón. Dondequiera que viajo, encuentro esta necesidad. Múltiples veces en mi vida he conocido esta necesidad. ¿Dónde encontramos cuidados pastorales mientras caminamos por el valle del mal y del sufrimiento?

En mi opinión, uno de los libros más significativos que ha sido escrito sobre el problema del sufrimiento es *Suffering, and the Goodness of God* [El sufrimiento y la bondad de Dios]. Los editores, Christopher W. Morgan y Robert A. Peterson, han hecho una tarea magnífica al reunir a algunos de los mejores eruditos para abordar las diversas dimensiones del problema.

Por cierto, los eruditos tienen una buena comprensión de los aspectos filosóficos y pastorales del tema. Y después de haber cubierto todos los diferentes aspectos relacionados con el dolor y el sufrimiento, llegamos al último capítulo, escrito por el filósofo y teólogo John Feinberg, de quien tuve el privilegio de tomar algunos cursos durante mis estudios de posgrado. John Feinberg llevó a cabo su tarea doctoral en la Universidad de Chicago, gran parte de ella acerca del tema que estamos abordando. En el siguiente párrafo, Feinberg alude a su experiencia personal en cuanto al dolor y el sufrimiento.

Me crié con personas que sufrían mucho: mi madre tuvo un problema físico tras otro y esto, en parte, desató mi interés desde una temprana edad en el problema del dolor y el sufrimiento. En el seminario escribí mi tesis de máster en teología sobre Job... incluso mi disertación doctoral se

concentró en los problemas del mal y me llevó a escribir *The Many Faces of Evil* [Los muchos aspectos del mal]. Si alguien había pensado en esto y estaba preparado para enfrentar las aflicciones, sin duda era yo.⁹

Aun así, con todo su conocimiento teórico, él no estaba preparado para el sufrimiento y dolor que tendría que soportar. Después de relatar lo que pasó, dice que su experiencia en la presencia del dolor y las respuestas intelectuales al problema del dolor que había encontrado no lo ayudaron durante su propio sufrimiento: «El dolor emocional y psicológico era constante, y los resultados físicos del estrés y el dolor mental fueron devastadores».¹⁰

¿Cómo puede ser? ¿Qué aconteció en su vida entre las respuestas intelectuales y su propio dolor y sufrimiento? El 4 de noviembre de 1987 todo cambió para él y su familia cuando diagnosticaron a su esposa de la enfermedad de Huntington. Esta enfermedad es transmitida genéticamente y consiste en el deterioro prematuro del cerebro. Los síntomas de la enfermedad de Huntington son tanto físicos como psicológicos. Físicamente, significa la pérdida gradual del control de todo el movimiento corporal voluntario; psicológicamente, implica la pérdida de la memoria, una depresión y, a medida que avanza, la posibilidad de tener alucinaciones y esquizofrenia paranoide. Enfermedad de desarrollo lento, los síntomas no se evidencian hasta los treinta años, y durante los siguientes diez a veinte años pasa a ser una enfermedad mortal.

Peor aún, en el caso de John y su esposa Pat, con que solo uno de ellos poseyera el gen de la enfermedad de Huntington, sus hijos

podrían heredarlo. Ellos tienen tres hijos, nacidos cada uno con una posibilidad del 50 por ciento de recibir tarde o temprano el mismo diagnóstico que su madre.

Es difícil leer sobre la agonía que sintió por su esposa y el miedo por sus hijos, pero vale la pena leer ese capítulo de su libro. Las emociones oscilan de un extremo al otro y detallan un ejemplo clásico de cuán profunda puede ser la lucha y cuán remotas pueden parecerse las respuestas intelectuales, aun cuando sean importantes. Feinberg admite que a la hora de enfrentarlo, lo que él necesitaba no era las respuestas intelectuales que ya tenía sino la atención pastoral de la que habla Plantinga.

Aquí resuena poderosamente el pensamiento de Chesterton: Cuando la creencia en Dios se torna difícil, la tendencia es alejarnos de él. Pero, en el nombre del cielo, ¿hacia dónde? Cuando Jesús les pregunta a sus doce discípulos más íntimos si lo abandonarían junto con el resto de sus discípulos, Pedro respondió por todos nosotros hasta el día de hoy cuando dijo: «Señor, ¿a quién iremos?» (Juan 6:68). ¿Adónde podemos ir para obtener una respuesta?

John Feinberg rastreó su marcha por ese laberinto y, finalmente, llegó a las mismas verdades que poseía anteriormente. Sin embargo, por el camino se dio cuenta de cuán plagado de peligrosos obstáculos estaba el sendero hacia esas conclusiones. Por primera vez él, personalmente, experimentó lo destructivo que es el pecado en la experiencia humana y cuán importantes son los buenos consejos mientras caminamos por senderos solitarios. Feinberg lo ha demostrado en su vida y advierte a los cristianos sobre las respuestas fáciles a aquellos que se encuentran en la mitad del sufrimiento y

desenvuelve las verdades fundamentales que lo han transportado por su valle.

Aquí es donde se destaca el mensaje cristiano por encima de cualquier otra enseñanza sobre el dolor y el sufrimiento y va más allá que cualquier otra respuesta a nuestro problema. Las respuestas intelectuales son importantes. Pero el intelecto solo no nos puede ayudar a navegar por los campos minados del dolor y el sufrimiento. Otras visiones del mundo ofrecen también respuestas intelectuales. Pero únicamente el cristianismo ofrece a una persona.

En los capítulos siguientes, Vince y yo sugerimos que los recursos del cristianismo proporcionan una amplia gama de útiles respuestas a la pregunta: «¿Por qué hay sufrimiento?» La fuerza de esas respuestas no la encontramos en contraponerlas, sino en apreciar su fuerza acumulativa, y en reconocer que un desafío tan personal como el desafío del sufrimiento requiere respuestas lo suficientemente variadas como para brindar significado y consuelo a cada circunstancia en particular y, más importante aún, a cada persona en concreto.

Las ideas no pueden aportar significado, consuelo o esperanza duraderos. Solo puede hacerlo una persona. En el núcleo de cada una de las respuestas que ofrecemos está la relación con Dios: la libertad de ingresar en esa relación y el poder de vivir en la plenitud de la vida que solo proporciona esa relación.